

HABITAR LA FRONTERA

ANA MARÍA CAMBLONG

1. ENCLAVE DE LA ESTANCIA

Hablo desde aquí... enclave fronterizo si los hay. Una pequeña provincia argentina, denominada Misiones, toponimia recordatoria de la empresa jesuítica, abrazada en un 80% de su perímetro por Paraguay y Brasil. Un apéndice territorial trazado por dos grandes ríos internacionales: Paraná y Uruguay. Estamos instalados en este lugarcito al que los medios de comunicación llaman el “corazón del Mersosur” tanto por su ubicación cuanto porque nuestra semiosis local-internacional late al ritmo de los cruces, las tensiones, los agravios y los enamoramientos que la política centralizada del Estado-nación implementa con intempestivos y erráticos propósitos. Nosotros, los de aquí nomás, no sabemos por qué ni cuándo el gobierno nacional decidirá denostar a nuestros vecinos, ignorarlos agresivamente, o tal vez se acordará de que estamos también en Latinoamérica y ordenará compulsivas e improvisadas integraciones, ejercitando una ostentosa retórica que no hace más que poner de relieve su incoherencia histórica.

Nadie nos consulta, ni siquiera nos advierte acerca de cuál será la última moda geopolítica para la próxima temporada. Semejante grado de omisión nacional engendra una virtuosa paradoja de supervivencia: sin abandonar el entrenamiento en la inexistencia, hemos adquirido la capacidad de generar una idiosincrasia autónoma y singular. La vida cotidiana transcurre alterada por los golpes arbitrarios del Estado

nacional, pero a la vez persiste entramada en una continuidad displicente cuya fuerza defensiva, sabia y memoriosa nos protege del colapso cardíaco cultural.

Se supone que el corazón no sólo se ubica en el medio, sino que además ejerce sus funciones vitales con jerarquía principal. Pero en este caso, la metáfora mediática deviene una broma sarcástica que la tribu fronteriza convierte en hábitat inmune con sus blindajes, su indolente desobediencia y su socarrona resignación. La “zona de frontera” se inviste tanto de exótica distancia para la metrópoli cuanto de interés sobreactuado por la condescendencia de dádivas triviales, disloques políticos y prensa efectista. Estamos acostumbrados, desde el fondo de los tiempos, a incursiones intempestivas que levantan solemnes muros del soberano “ser nacional”, crispado y en guardia, o bien que minimizan las diferencias a través de cruzadas de integración desaprensiva. Estamos habitando la frontera internacional, borde en el que resuenan los mandatos unilaterales de los objetivos nacionales y estamos, a la vez, habitando una zona compartida y atravesada por ajetreos de pasiones vecinales: parientes, matrimonios, amigos y enemigos íntimos. Queda expuesto entonces este corazón desubicado: el problema no debe focalizarse en los confines con “otros países”, sino también en los problemáticos límites con el poder concentrado en Buenos Aires.

Estamos habitando la paradoja del confín central, del corazón en los talones —¿acaso el talón de Aquiles del Estado nacional?—, de las distancias interiores y las cercanías externas. Habitar la frontera supone instalarse en los decursos de la paradoja. Nuestra lógica pone en crisis la contradicción, la identidad y el tercero excluido, nuestro universo configura otros mundos con dinámicas diferentes.

2. ESTANCIA PARADÓJICA

Si el dilema clásico interroga y oscila entre “ser o no ser”, nuestras especulaciones se deslizan y se detienen en la disyunción “estar o no estar”, ésa es la cuestión en la *dura lex* de la supervivencia. La bifurcación opera con énfasis sobre el límite y distribuye con binaria precisión el sentido, un orden bastante claro y exento de terceridades abstrusas para la buena-lógica. Nuestra estancia perpetua en la frontera agudiza el relieve del límite trazado por la historia y pone en carne viva la experiencia de lo contingente.

Las oscilaciones inconclusas sostienen un correlato conjuntivo que solicita otro abordaje: “estar y no-estar” en simultáneo, en convergencia crítica de opciones contradictorias. No se trata de una dialéctica que se resuelve en una síntesis, sino más bien de la proliferación de opciones: la continuidad de estar y no-estar tiende a estar en pluralidades. Experimentar la contradicción en la práctica cotidiana corporiza —se entraña en los cuerpos— una dimensión epistémica difícil de explicar, digna de una búsqueda conceptual y de una reflexión que intente esbozar algunas interpretaciones. Nuestro mismo discurso crítico está y no está en el universo fronterizo: sale de él, lo

excede, lo analiza en el despliegue de los metalenguajes, hace girar los mundos en estudio, los mueve, los intercambia, los interroga, y al mismo tiempo, su enunciación no deja de estar involucrada en la frontera misma desde la que se piensa-escibe.

Un pensamiento situado que si bien es cierto intenta re-flexionar acerca del carácter paradójico del universo fronterizo, no es menos cierto, aceptar y advertir que el dispositivo paradójico le concierne, lo compromete, construye sus matrices y modela sus decisiones, sus derroteros y hábitos interpretativos. El dispositivo epistémico paradójico tiende sus coordenadas, expande sus argumentaciones, abre posibilidades, inventa alternativas y afecta los universos semióticos para concebir una diversidad de ordenamientos.

Nosotros, los de aquí nomás, “sabemos por experiencia propia” que cruzamos el río, cruzamos la línea, cruzamos la aduana, cruzamos el mojón y estamos en otra lengua, en otro país, con otra moneda, en otra ley. A la inversa, sabemos fehacientemente que el cruce no nos provoca extrañeza porque del “otro lado” estamos los mismos vecinos que hablamos guaraní o español o portugués “naturalmente”. Un ir y venir de documentos, monedas y legalidades que se entretejen, que se manejan y se transgreden con franca displicencia de hábitos arraigados. Sabemos cambiar dinero como sabemos cambiar o mezclar las lenguas, sabemos estar aquí como sabemos estar allá. Sabemos en qué consiste la diferencia pero también en qué consiste nuestra continuidad vecinal, nuestras costumbres de antigua data, nuestra familiaridad compartida en tonos, acentos, gestualidad, olores, comidas, vestimenta, ritos ancestrales. Sabemos que atravesamos fronteras, pero también sabemos que las fronteras nos atraviesan.

Una orientación posible para interpretar tales posicionamientos sería adoptar la propuesta de Homi Bhabha (2002), quien postula un tercer espacio semiótico *in between*, una “estancia entre”. Por esta vía, lo intercultural ha tenido un amplísimo espectro de usos, aplicaciones y réplicas, no por azar, sino precisamente porque pone el dedo en la llaga: el tercero incluso. La lógica aristotélica que no nos comprende, nos excluye y nos condena a la irrelevancia. Nuestra estancia movediza, esquiva y excéntrica instalada en el deslinde, habitando el borde, resulta “irrelevante” o, lo que es lo mismo: in-significante. Por lo tanto, presentar su ausencia, nominarla, conferirle pertinencia, interpretar sus implicaciones éticas y políticas impone un efecto rotundo en nuestras lucubraciones sobre las fronteras. Nosotros, tribu irrelevante de la periferia, estamos y no estamos al mismo tiempo. La “estancia entre” instaura un espacio tercero que deslinda lo uno y lo otro, los mantiene en fricción, los mezcla, los confunde y los pone en crisis.

En dicha inter-estancia proliferan procesos semióticos extravagantes y mixturas infinitas, pero también permanecen modelizaciones diferentes en simultánea vigencia. La complejidad y la dinámica de la semiosfera fronteriza potencia los enredos interculturales y lingüísticos, productos semióticos “híbridos”, según los aportes de Néstor García Canclini (2001), o bien “criollos” si se prefiere la noción más tradicio-

nal. Desde luego caben distinciones, matices y otros alcances de estas categorías que ahora no podemos considerar, pero interesa tener presentes tales conceptos en el contexto de la “estancia entre”.

Sin desmentir ni colisionar con esta línea de investigación, estimamos posible ensayar otros aspectos interpretantes. Nuestra insistencia en la dinámica paradójica considera que la “estancia fronteriza” encarna el continuo de simultaneidad de confines ciertos, precisos, inexcusables, cuya incidencia incorpora la discontinuidad y la pertinencia de ambos términos contradictorios. Una continuidad contradictoria. Estar y no-estar configura la estancia del universo fronterizo. No tan sólo un espacio entre, no tan sólo una mezcla que gesta otra cosa, sino una perpetua dinámica paradójica que sin abolir la contradicción, la sostiene, la reproduce, la potencia y la convierte en continuidad.

Este señalamiento no oficia de denuncia, no solicita solución o refutación de lo paradójico, más bien aboga por reconocer que existe un orden de lo paradójico en la semiosfera fronteriza. Existe, pues, una tribu que habita la aporía en continuidad. Si bien lo aporético alude desde su etimología griega “al camino sin salida”, como situación enojosa que habría que evitar y/o superar, nuestra reflexión considera que la estancia fronteriza no necesita (ni puede) evitar o superar la encrucijada contradictoria ejecutando la exclusión del tercero. Por el contrario, habrá de habitar el espacio aporético y concebir categorías teóricas que se hagan cargo de los mundos paradójicos.

3. HABITANTES DE LA ESTANCIA FRONTERIZA

La composición poblacional de este borde que nos ocupa se caracteriza por su heterogeneidad y compleja dinámica fragmentaria, movediza, generadora de contactos, mixturas y entrecruzamientos varios. Desde luego, en primera instancia responde a su condición de frontera internacional, en la que podríamos relevar la presencia de población criolla asentada desde tiempos coloniales —luego reforzada por el constante arribo de migraciones internas—, portadora del idioma español con sus variantes locales. Este lugar se constituyó en un territorio tanto de borde como de pasajes de ejércitos en movimientos estratégicos, de maniobras extractivas y latifundistas de políticos y empresarios, de traficantes de armas, de drogas y de toda mercadería que las ventajas cambiarias determinaran. Semejante territorio de confines y atravesamientos atrajo la vocación fronteriza, evangelizadora y empresarial de los jesuitas, quienes lograron imponer una impronta cristiana “a-la-española”, cultural y lingüística en el acervo regional.

La orden instauró un orden que replanteó los límites, que caminó la zona con otros criterios, que dominó la población autóctona y dejó en la memoria una cartografía fantasmal y concreta en nuestro abigarrado sentido de pertenencia. Los expulsados históricos están y no-están en nuestra memoria, en nuestro cotidiano y en

nuestros rasgos idiosincrásicos. Están y no están en nuestra manera de concebir la zona, de apropiarnos de los trayectos y movernos en un espacio vecinal compartido con extensiones de equívocos confines. La cartografía de la región –antiguo territorio misional– incluye la movilidad continua de las gentes y las lenguas. Tanto estamos y no estamos con el vecino que habla guaraní *yopará* –variante paraguaya–, cuanto estamos y no estamos con el vecino brasileiro que habla portugués –estándar del Brasil– o portuñol –dialecto de la frontera–, y nos entendemos y ejercemos bilingüismos varios, entremezclados a mansalva, estamos y no estamos hablando ésta o aquella lengua. Encuentros y desencuentros, amalgamas y diferencias, configuran una estancia cuya pluralidad desalienta, interfiere o deja suspendidas las exigencias propias de la identidad.

Como si esta heterogeneidad no fuese suficiente, a partir de fines del siglo XIX y gran parte del XX han arribado a este borde inmensos contingentes de inmigrantes de diversas procedencias: polacos, ucranianos, alemanes, escandinavos, rusos, suizos, italianos, japoneses y otros. El establecimiento de estos “colonos” modeló una fisonomía muy singular. La polifonía en sentido literal, empírico y teórico, incorporó las fronteras al “interior de las fronteras nacionales”, incrementó la presencia cotidiana de lo diferente y entrenó a los habitantes en una biosemiótica de lo diverso, de lo plural y de la posibilidad cierta de mezclar, de distinguir(se) y de transgredir las reglas ortodoxas. Las modalidades y los rangos de integración fueron muy disímiles de acuerdo con los distintos grupos, con los universos rurales o urbanos, con las disponibilidades económicas y culturales de base.

Describir este proceso en su variedad excede los fines del artículo. No obstante, se podría mencionar que las estrategias lingüísticas de polacos y ucranianos prefirieron –en general– no enseñar la lengua de origen a sus hijos, en tanto que los grupos alemanes mantuvieron su lengua en calidad de lengua familiar hasta tercera y cuarta generación. El contraste indicado, además de ejemplificar la diversidad histórica del proceso, permite vislumbrar la complejidad que debió afrontar la política del sistema educativo. Apresurémonos a informar que la escuela pública, portadora de los mandatos nacionales, se constituyó en la gran máquina argentinizadora de los descendientes de inmigrantes. Advirtamos también que el mandato de homogenizar rigió no sólo para los hijos de inmigrantes, sino también para la población fronteriza arraigada, cuyas características lingüísticas y culturales no respondían a las pautas nacionales canónicas (Camblong 2003).

En este contexto sobrevive hasta nuestros días el aguerrido pueblo mbyá, parcialidad de la gran familia étnica tupí-guaraní, quienes viven en asentamientos tribales, con organizaciones propias, preservando sus mitos y lengua ancestrales. Los mbyá están y no-están en su propia tierra, en su propia religión, están y no están en diálogo asimétrico con los “blancos”, con los invasores de sus territorialidades. Se los respeta y se los manipula, se los margina y se los usa, se los atiende y se los estigmatiza en el

abandono, sus fronteras contradictorias quedan trazadas con la presión de la hegemonía “blanca”. Ellos están y no están en este país, en esta moneda, en esta documentación registrada, en esta religión y hasta “figuran” en la Constitución nacional y provincial, pero generalmente no están para sus derechos, o no existen para las buenas oportunidades.

El bosquejo diagramado no tiene otro fin que aportar algunas descripciones que nos permitan referencias materiales para nuestras lucubraciones conceptuales sobre la frontera. Desde luego, la singularidad del locus y sus componentes históricos poblacionales no son originales ni exclusivos, sino semejantes a otros miles de universos socioculturales existentes en otros lugares del planeta, semejanzas y diferencias que habilitan la reflexión semiótica tanto teórica como metodológica.

4. ESTANCIA EN UMBRALES SEMIÓTICOS

Más allá de las descripciones particulares acerca de lo que podríamos denominar el “caso Misiones”, nos afanamos en la búsqueda de nociones semióticas que puedan operar en universos fronterizos en general sin pretender definiciones absolutas y universales. Así, lo primero que habría que tener en cuenta es que la continuidad semiótica de la vida cotidiana en semiosferas de fronteras se caracteriza por: a) heterogeneidad exacerbada; b) dinámica de desbordes; c) inestabilidad en la interacción y en los correlatos; d) fricciones de modelos en contacto y en mixtura; e) fluctuaciones y turbulencias interpretantes; f) traducción semiótica perpetua; g) experiencia y experimentación en mundos paradójales. Cada una de las caracterizaciones amerita un conjunto de especificaciones, conceptos y argumentaciones interpretativas. A la vez, todas están íntimamente correlacionadas; por lo tanto, proponemos emprender un tratamiento integrado, con el propósito de resaltar la pertinencia que adquieren los dispositivos paradójales en la dinámica de su devenir.

Efectuadas tales consideraciones, nos adentramos en el universo fronterizo para indicar la inestabilidad integral e intersticial que afecta las correlaciones de interpretantes siempre móviles, provocando contrastes y contradicciones también cambiantes, cuyos efectos resultan paradójicos. Un devenir que desemboca en estados de “excitación interpretativa” ante el fárrago de mundos simultáneos, o bien conduce a cierta parsimonia, cierta “displuencia acostumbrada” por el intenso entrenamiento en dicho dinamismo.

Por supuesto, no se trata de un deslinde binario excluyente, sino de un amplio espectro interpretativo con la impronta fronteriza: una miríada de matices, gradaciones, rangos y sutilezas interpretantes. El pensamiento fronterizo traduce con fervor o disforia, inmerso en el continuo discurrir, un constante correr el deslinde, exceptuar la regla, mezclar los conjuntos, entrecruzar criterios, utilizar operaciones de un campo en otro, permanecer en el borde de lo aceptable para la norma, hibridar procedimien-

tos, niveles, ordenamientos, etc. Se podría aducir que tales movimientos también valen para las culturas metropolitanas contemporáneas.

En efecto, nada de lo que ocurre en la frontera excede lo semiótico, inexcusablemente semiótico. Aunque resulte redundante, hay que repetir que no nos referimos únicamente a fronteras que se “ubican” en el límite geopolítico, sino también a todo tipo de frontera que las sociedades complejas gestan, anidan y potencian con diversos rangos de estabilidad. La particularidad consiste en el relieve y en la habitualidad de fronteras periféricas y geopolíticas. Se trata no sólo de un hábitat, sino también de un modo de habitar. Los habitantes del borde se habitúan a los desbordes y a los contrasentidos. Se podría decir que el habitante de frontera es un habitué de la entropía.

En este contexto lo paradójal, no es un ejercicio intelectual metadiscursivo ni una operación reflexiva, sino un dispositivo que se instala en el centro de la vida fronteriza y, por lo tanto, un componente de nuestro pensamiento y nuestros diagramas prácticos. Nosotros, los del borde, no hablamos de paradojas sino que, más bien, las actuamos, las habitamos y las transitamos en nuestra praxis y en nuestra experiencia cotidiana. Los atoladeros contradictorios son el pan nuestro de cada día. De ahí que no vivamos ni interpretemos la aporía como el máximo oprobio, desatino o trampa a la manera griega, sino como una recurrencia de los componentes semióticos en refriega.

La continuidad paradójica genera y sostiene una semiosis en la que los saltos, los corrimientos y los estallidos de la significación ponen en emergencia el yugo de la coherencia razonable. No se trata de una irracionalidad, sino de una bullente interacción que deja a la intemperie la convención del sentido, la contingencia de las reglas y sus excepciones, sin dejar de hacer crujir las estructuras más preciadas para el poder histórico del pensamiento racional y universalista. El dominio consolidado y omnímodo de la razón y sus correlatos condiciona nuestra estancia en la excepción, en la exclusión y en las paradojas que nos aquejan. No podríamos detectar paradoja alguna donde no hay regla, donde no hay poder concentrado, donde no se sostiene una razón legitimada y legitimante; es la propia vigencia de “este orden” la que moviliza las contradicciones del borde.

En síntesis, lo paradójal está inextricablemente enroscado en los regímenes vigentes, en las estrategias políticas y las distribuciones económicas. No hay paradoja porque sí, porque exista un lugar llamado frontera donde se crían o proliferan paradojas/aporías como si fueran parte de la flora o del paisaje. No podríamos, no deberíamos buscar o enunciar leyes universales de la discontinuidad y los confines. Hay historia, hay acontecimiento y hay responsabilidad política en los avatares aporéticos del margen extremo.

Retomando lo paradójal/aporético en continuo devenir semiótico, incursionamos en un horizonte imaginario cuyas determinaciones en *perpetuum mobile* y en flagrantes replanteos, atajos, deslices, ensambles, mixturas y amalgamas, solicita un concepto que ponga en escena la conciencia semiótica del límite jaqueado y de la semiosis en

crisis. En este punto incorporamos el “umbral” (Bajtín 1989: 399), noción que da cuenta de la delicada travesía crítica, de los avatares del atribulado pensamiento fronterizo en tránsitos complejos y trances traductores.

Los umbrales semióticos focalizan la estancia en el pasaje, “porque lo nuestro es pasar”, diría el poeta, instaurando cronotopos en los que la semiosis entra en mutaciones disímiles y poco previsibles. Los desequilibrios semióticos propios del umbral requieren un aparato teórico con categorías que acojan la escurridiza diferencia infinitesimal, el leve cambio, el sutil desplazamiento y que, a la vez, vuelvan pertinentes las emergencias de la primeridad (Peirce), esa potencia pura difícil de asir, pero no por ello menos operante en las materializaciones de la semiosis. En nuestra propuesta, el umbral configura un espacio-tiempo de primeridad, tanto porque conlleva la posibilidad de mover correlatos, de replantear cualidades en movimiento, percepciones en disponibilidad oscilante, cuanto por las emergencias sensibles primarias, afecciones pasionales: miedo, angustia, pudor, alegría creativa, esperanza.¹

Otra particularidad de los umbrales finca en el relieve que adquiere la función fática, propuesta por Jakobson (1975: 356-357) en su clásico artículo sobre las funciones del lenguaje. Nuestro uso de esta categoría se desplaza hacia la semiosis integral para dar cuenta de un clima fático, en cuya dinámica los contactos de toda índole (gestos, miradas, distancias, olores, posturas corporales, ropas, fraseo o palabras sueltas) se crispan, se vuelven altamente significativos y buscan el encuentro en un espacio-tiempo, en una situación inestable y de modalidades equívocas. Lo fático deja su impronta en diversos componentes de la semiosis, en un olisqueo que busca las maneras de contactar, no de comunicar. Estas prácticas se vuelven notablemente potentes a la hora de establecer un vínculo incipiente que permita amarrar la semiosis, de hallar un atisbo de enlace en un universo preñado de incógnitas o de reglas poco conocidas para el encuentro.

En el umbral se debilita la prominencia semiótica del lenguaje, puesto que generalmente supone fricción entre lenguas diferentes, o entre variantes dialectales de una misma lengua (diglosia), evento que pone en crisis el intercambio lingüístico. La baja intervención del lenguaje provoca una laxitud o bien turbulencias en los correlatos de redes interpretantes, las que se ven comprometidas en mutaciones inestables, desequilibrios y desarticulaciones disipativas que afectan profundamente las cadenas sígnicas. En consecuencia, se yergue la pertinencia omnímoda de los silencios, ostensivos índices de vulnerabilidad semiótica y/o de resistencias diversas. El silencio en los umbrales imprime, con su intermitencia o su densa presencia, las huellas equívocas de interpretantes en vilo rastreando traducciones de dificultosas facturas. El silencio requiere todo un capítulo destinado a desplegar las constelaciones de sus efectos e incidencias, pero aquí nos conformamos con señalar la injerencia decisiva que adquiere en la estancia del umbral.

La estancia del umbral es una configuración de la semiosis en riesgo, una experiencia fehaciente de borde, de abismo y de catástrofe. Hay una conciencia semiótica

de linde y de acontecimiento, una experiencia plena de la contingencia del sentido en sus proliferaciones plurales en estallido. De ahí que el evento paradójico instaure una situación de umbral típica de las semiosferas fronterizas. Los umbrales emergen como relámpagos en el transcurrir voraginoso de la heterogeneidad propia de la estancia fronteriza, no exclusivamente en los avatares paradójicos, sino también en muchos otros dispositivos y situaciones de la vida cotidiana. Esa sensación inconmensurable o al menos de difícil mensura que transita el habitante de frontera, no puede explicarse con la definición terminante del límite, sino con la proliferación de umbrales disímiles que irrumpen intempestivos, irregulares, inestables en el tembladeral de correlatos heteróclitos y en mutación constante.

NOTAS

¹ En la configuración del umbral resulta indispensable el estudio y el despliegue de las teorías de las pasiones, desde Spinoza a Remo Bodei, pasando por las múltiples investigaciones de distintos autores que aquí no podemos tratar. Cabe destacar las teorías de Macedonio Fernández, quien asigna máximo relieve a los componentes de la sensibilidad, los afectos y la pasión en la médula del pensamiento paradójico haciendo mundo. Este señalamiento converge con la singularidad excéntrica de un “pensamiento criollo” que tiene extrañas coincidencias con Peirce (véase Camblong 2003).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJTÍN, M.M. (1975) *Teoría y Estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- BHABHA, H. (1994) *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- CAMBLONG, A. (2003) *Macedonio. Retórica y política de los discursos paradójicos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- ____ (2005) *Mapa semiótico para la alfabetización en Misiones*. Posadas: Universidad Nacional de Misiones.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- JAKOBSON, R. (1974) *Ensayos de Lingüística general*. Barcelona: Seix Barral, 1975.